

Sumario

LITERATURA

- ERASMO ROTERODAMO, por Luis Soracfa..... 161
- JORGE ISAACS Y LA REALIDAD ESPIRITUAL DE SU VIDA, por Rafael Maya..... 175
- EL CENTENARIO DE ISAACS, por Alvaro Holguín y Caro..... 203
- EL DESORDEN DE LOS ESPIRITUS Y EL RETORNO AL ORDEN FRANCES, por Maurice Bedel..... 133
- THEONAS•, por Tobías Hernández Rojas..... 211
- EL LAGO•, (de A. de Lamartine) por Jorge Gómez Restrepo..... 158

HISTORIA

- SIMON BOLIVAR, MILITAR. PATRIOTA, HOMBRE DE ESTADO, por William F. Montavon. K. S. G..... 216
- CAMACHO ROLDAN EN LA INTIMIDAD, por Joaquín Tamayo. 220

DERECHO

- LA EVOLUCION DEL DERECHO CIVIL, por Eduardo Zuleta Angel. 224

CRONICA

- PAISAJES EN TORNO DE UN ROSARISTA, por Alfredo Delgado Plaza..... 239

ACTOS OFICIALES

- DE •HARVARD COLLEGE• AL COLEGIO DEL ROSARIO 233
- ESCUELA DE SERVICIO SOCIAL. 234

COMENTARIOS

- LOS TRABAJOS Y LOS DIAS..... 244
- NOTAS INTERNACIONALES..... 247
- REVISTA BIBLIOGRAFICA..... 250

ILUSTRACIONES

- ERASMO DE ROTTERDAM (Tricromía)
- JORGE ISAACS (Zincograbado).



Nova et vetera

Valor del ejemplar \$ 0.20

Suscripción anual \$ 2.00

Para todo lo relativo a la
Revista, dirigirse al
Administrador

Apartado Nacional No. 72
BOGOTA - COLOMBIA

Lotería del Valle



Única del país que repite el sorteo

Siempre decimos quien gana el mayor

El desorden de los espíritus y el retorno al orden francés

POR MAURICE BEDEL

Conferencia pronunciada en París en la "Sociedad de Conferencias", el 19 de febrero de este año.

Ya va para veintitrés años que las cosas marchan en el mundo desatinadamente. Lo que en la historia de la humanidad es insignificante, muy grave se torna en la de Francia. Vosotros me diréis que por rara excepción los asuntos, ya sean públicos o privados van por el camino recto y que, de seguirse este siempre, la vida volveríase insoportable, ya que el aburrimiento invadiría bien pronto al mundo; a lo cual, a fe mía, no me sería difícil contestar con un elogio de la fantasía. Sin embargo... sin embargo el desorden en que la civilización se agita desde 1914 no tiene precisamente el encanto de una fantasía: su fundamento está en la violencia. ¿Qué frutos sospecháis vosotros producirá ese extravagante árbol cuyas raíces húndense en la sangre para de allí absorber la horripilante sabia que hinche todas sus ramas, y sus hojas y sus flores?

Si tal desorden se limitara siquiera a un solo país. Pero no; cual epidemia que desconoce fronteras, cual agente patógeno que se levanta de un foco de peste o de cólera, tal desorden brotó de un pueblucho en Bosnia y Herzegovina, de Sarajevo, para extenderse muy luego al mundo entero. Debióse tan pasmosa generalización a que ya entonces todo se entrelazaba en nuestra reducida tierra. Las noticias se divulgaban, como suele decirse, con la rapidez, con la rapidez vertiginosa de un rayo; encontrábase los pueblos recíprocamente ligados por intrincada red de alianzas militares, tratados aduaneros, afinidades culturales, intercambios comerciales. No le era ya indiferente al francés que un gorgojo devorase los abetos de Finlandia, comoquiera que con la madera de esos mismos abetos se obtenía la materia prima para la fabricación del papel de nuestros periódicos. Que el emperador de Alemania fruncieron el ceño o se retorciera la punta de sus bigotes, era acontecimiento que ponía en zozobra a millones de seres humanos. Nuevos tiempos se alzaban en los hori-

zontes del mundo: entrábamos en la fase internacional de la historia de la humanidad. Y no podíamos salir del trance con pres-teza.

“Internacional”, sí! esa es la palabra que yo propongo como la clave que nos permitirá entrar de lleno en el asunto que me ocupa. Sí, esa es, en verdad, la clave del desorden de las inteli-gencia sobre que he de hablaros.

Terminada ya la guerra y alcanzada la victoria, sorprendía a Francia toda el no sentirse tan francesa como antes de la gue-rra. Un no sé qué de cosmopolita se mezclaba al tinte rosado con que en las cartas geográficas se suele representar. Adivinábanse en ella el verde italiano, el violeta inglés, el amarillo escandina-vo, y otros colores indecisos aún, cuyos nombres, Checoslova-quia, Lituania, Yugoslavia... apenas si empezaban a captar nuestros oídos. Así de embadurnado como veis nuestro país se había convertido en tierra de prodigio a la que afluían infantes portugueses, guerreros hindúes, garibaldinos italianos, traba-jadores marroquíes, argelinos y senegaleses, soldados estadouniden-ses y canadienses, ¿y qué se yo cuántos más? Saint Nazaire, Tours, Belfort, se habían tornado ciudades americanas; en invierno, San Rafael era el país de los Ouolofs y de los Bambaras. De París no hay para qué hablar: en materia de confusión de razas y de len-guas nada semejante se había dado después de la Torre de Ba-bel. A un país, señoras y señores, que así se ve invadido, no pue-den menos de quedarle ciertas huellas intelectuales y morales ex-trañas a su genio nacional. Y qué huellas!

Recordad, os lo ruego, cuál fue la transformación de las ar-tes, de la pintura, de la música, de la escultura, de la arquitectu-ra, de la danza en este período en que la novedad, lejos de ser uno de los eslabones de la evolución, se presentaba como una bomba que rompía con todo lo existente y de modo súbito arrasaba la tradición de veinte siglos de investigaciones estéticas. ¿Modelos? ya no los había, o más exactamente, modelos eran el arte primi-tivo, los ídolos en madera de las Islas Fidji, las máscaras de danza de los pahouins del Congo, los monolitos de figura huma-na de la isla de Pascuas. Se rechazaba a Fidias y a Praxiteles, a Botticelli, a Bellini, a Vinci, a Rafael y a Miguel Angel, a Remi-brandt y a Rubens, a Gainsboroungh y a Romney, a Goya, a Delacroix, a Ingres y a Corot; se les tachaba para siempre del gran libro de los adalides y de los héroes de la belleza, para reemplazarlos con los nombres de Oulo-Oulo, escultor en made-ra de Popocabaca a orillas del Kouango, de Matuku, tatuador de Tavi-uni de las islas Fidji, o bien del aduanero Rousseau.



NO LO PIENSE MAS...!



*Asegure
su futuro
en la*

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS
Edificio Pedro A. Lopez
BANCO DE LA REPUBLICA - 1^{er} PISO

Asistimos entonces a un momento de gran exaltación cubista; quiero decir que vimos reproducir en el lienzo los problemas de geometría de nuestra niñez, y sobre todo el "puente de los burros", con la diferencia de que no se trataba de hallar el cuadrado de la hipotenusa, sino más bien de montar en un **cuadrado rectangular** varios triángulos de cuyo conjunto resultaba ora un rostro, ora una naturaleza muerta, o también un paisaje con colinas ondulantes, río sinuoso y vacas que pacen en la pradera. Nunca jamás la contemplación de un cuadro había exigido del aficionado al Arte tal cúmulo de conocimientos en Paralelipípedos rectos, oblicuos y rectangulares. A propósito: conocí yo a un aficionado noruego, furioso coleccionador de los cuadros de esta escuela, con los cuales había adornado las paredes de su casa. Cuando se daba allí una de esas clásicas comidas noruegas en que el pescado se sirve junto con los dulces y el lomo de reno se acompaña con albaricoques y con piñas de California, nuestro sujeto invitaba a sus huéspedes a pasar a lo que él llamaba **salón de la pintura francesa**; una vez allí, lo primero que se hacía era beber unos respetables vasos de whisky, después de lo cual el "amateur" daba vuelta a un registro: la pieza quedaba en la obscuridad, encendiéndose simultáneamente ciertas luces colocadas encima de cada uno de los lienzos. Os aseguro que, a pesar de la trabajosa asimilación que en nosotros se operaba de los dulces, langostas, lomo de reno y piña, y sólo por obra y gracia del whisky apenas si alcanzábamos a soportar el choque: se trataba nada menos que de engullir cubos, elipses y elipsoides sin que el estómago flaqueara. Nuestro amigo se mostraba radiante; **Hein?** era lo único que exclamaba, pero en ese **hein** bullía todo el orgullo del experto.

Por entonces, al pintor ya no le bastó la paleta para expresar su inspiración, razón por la cual hubo de recurrir a materiales distintos como cartón ondulado y recortado, hojas de zinc o de latón, pedazos de corcho, fibras de escoba, todo lo cual disponía con rara habilidad por medio de pegantes y retocaba a pinceladas. Obteníanse de ese modo naturalezas muertas extremadamente vivas. Bien recordaréis vosotros a aquellos retratistas que llevados de su escrupulosidad por la semejanza, no vacilaron en prender mechones de cabellos verdaderos allí donde podía conjeturarse que se hallaba representado el modelo. Es lo que ni Rubens, ni La Tour, ni Ricard, se habían atrevido a hacer antes de ellos.

No quiso la escultura quedarse a la zaga de la pintura. Con qué facilidad logramos romper la rutina a que nos habían con-

DOCTOR: BRONQUISOL

-INYECTABLE-

FORM. COMP.

Materiales: 0.005

Cantid. 0.15

Es. Mente 0.05

Cociente 0.01

Ex. Mente 0.01-0.02

Substancia 0.01-0.02

Solución 0.01-0.02

Sol. Mente 0.01-0.02

**PARA
AFECCIONES
BRONQUIALES**

Laboratorios J. G. B.

Cali-Colombia

Tienen el más moderno
y eficiente equipo para
la fabricación de toda
clase de inyectables. —



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

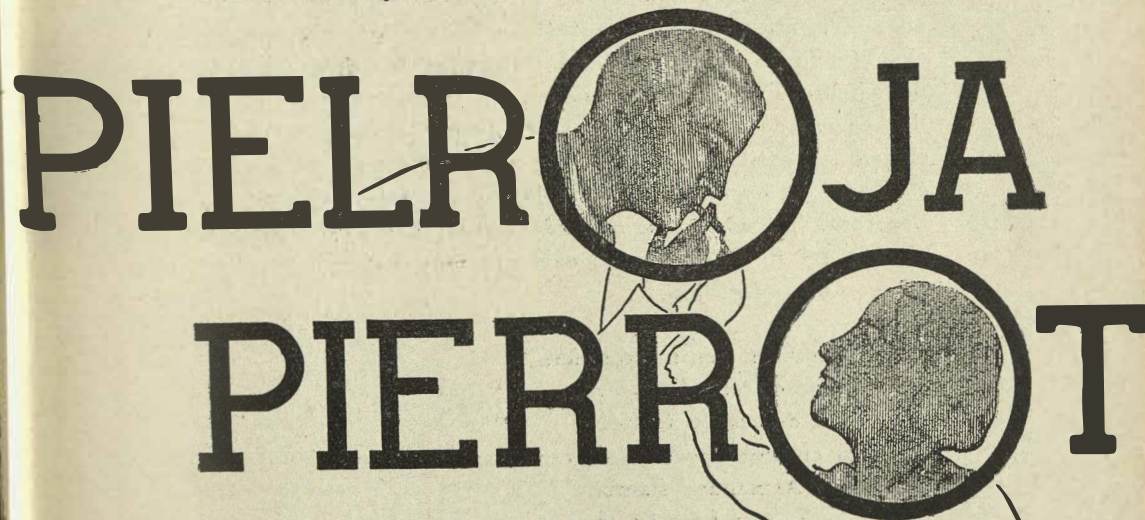
denado los Hougon, los Carpeaux y los Rodin. Estábamos ya cansados de ver estatuas con la cabeza sobre los hombros, las manos en el extremo de los brazos y los pies debajo de las piernas. No era, pues, de extrañar que en los mismos salones oficiales se exhibieran Venus cuya cabeza se encontraba en la mitad de la espalda, y a veces más abajo, cuyos brazos se unían a las caderas y cuyos pies hacían todo lo posible por confundirse con las rodillas.

El entonces más avanzado país del mundo—aunque después ha retrocedido mucho—me refiero a la Unión de las repúblicas socialistas soviéticas, acogió transportado de alegría el nuevo modo de representar al hombre. No siendo ya el ciudadano ruso un hombre, sino una especie de mecánica del Estado, una trucha sin pensamiento, y por tanto sin alma, eleváronse en las plazas de Moscú, de Leningrado y en las afueras de Dnieprostoi, estatuas de orden poliédrico que fielmente representaban al obrero *estático*, deshumanizado, a manera de teorema vivo, todo en datos, en proposiciones, en cálculos de rendimiento. Varios de esos monumentos fueron tallados en zinc o en madera nada más, como que sus artífices desconfiaban quizá mucho en la duración de su actualidad. Por eso fueron desapareciendo a medida que se despertaba el hombre en el bruto marxista creado por Lenine.

Mientras la pintura y la escultura se lanzaban por el camino de la renovación integral, la música probaba también igual fortuna. Así como los negros del Congo y los negritos de las islas Fidji se habían hecho los maestros en la pintura y en la escultura, así también los negros de New-York se reputaron en Europa como maestros consumados en la danza y en el canto. Qué buen desquite el de los hijos de los esclavos. Oímos entonces cómo la música reproducía los bramidos de las vacas en sus dolores de parto, el tan triste y chillón rebuznar del asno, el graznido de los cisnes y hasta el crujir de tripas del camello hambreado; esa era la llamada música de jazz. Ah! señoras, y qué de ritmos para vuestros delicados tobillos. . . . pero qué digo, para vuestros tobillos? Para el cerebro sacudido dentro de la caja del cráneo, para las vértebras contra las cuales alternativamente se ensañaban una enorme caja y unos inmisericordes címbalos. Y los ecos de esta música de cadencias desenfrenadas encontraban su resonancia en los *tan-tans* de los hermosos atardeceres del Ubanguí y del Ogooué. Las bailarinas siguen siendo blancas, pero cuántas almas, y más que todo, cuántos corazones se han ennegrecido! Porque cuando el jazz intervenía, el desorden de los corazones llegaba a su apogeo. Damas se vieron que, teniendo ya nietos en

Al buen fumador....
dos palabras bastan:

PIELROJA
PIERROT



Cia Colombiana de Tabaco



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

el Instituto Politécnico, se entregaban a estos nuevos ritmos en brazos de jóvenes que se encargaban de sonreírles y de hacerles creer que la primavera de la vida duraba más allá de los sesenta años. A los tales bailarines se les apellidaba mundanos, lo que no quería decir que fueran hombres de mundo. Preciso es confesar que el oficio por ellos desempeñado era por demás escabroso.

Estando todo en todo, señoras y señores, bien se deja comprender el porqué de aquel afán de novedad, que como visión fantasmal obsesionaba día y noche a los artistas y a las damas, invadió también a los literatos. Antiguamente en el lenguaje escrito se habían empleado sujetos, verbos y complementos; pues bien, imponiase ahora un descenso al campo inexplorado de la inconsciencia para de allí derivar las lecciones del buen decir. De ese modo se conquistó la revelación del balbuceo, con lo cual el espíritu aprendió a tartamudear el pensamiento, reduciéndose la obra del artista a transcribir los datos inmediatos del cerebro. Frescos aún se encuentran en vuestra memoria aquellos encantadores poemas que M. Jean Cocteau sacaba de su elegante y sutil subconsciente. Pero, si por ventura los habéis olvidado, yo os recordaré aquellos versos del "Cabo de Buena Esperanza", dedicados a Roland Garros; han sido tomados del "Canto del Pavor", el cual, como es muy natural, tiene estilo un sí es no es tartajoso:

L'embrun des marronniers

saute et tonne

aux dîgues du trottoir

la chaleur apprivoisée ouvre sa bonne gueule

l'or Alexandre flambe

et hors l'arche

de nuit fraîche

le Chocolat Menier bleu de roi

Charenton

bitume neuf entre les palais inégaux

un grand canal de nuit soleil

la profonde réglisse

reflete la ténèbre bleue

comme un negre si pale a Colombo il mire

les larges feuilles du tabac qu'on récolte

un radiotélégramme a parcouru la mer

les agneaux bousculés aux talus glacés de la mer

et ce vent noir du large apporte

un tam tam

Los hombres de estudio

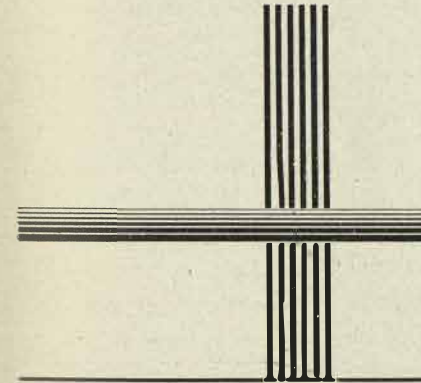
de vida sedentaria

deben precaverse del

REUMATISMO

manteniendo corrientes

sus riñones,



La

ACIDURINA

lava los riñones

l'ananas carapace

en soleil

ací

dulé

d'ou germe

un chignon sauvage de verdure

les sauvages voilà les sauvages

Verdaderamente ese es el canto de un pavor; de un pavor, señoras y señores, muy digno del psicoanálisis del profesor Freud, porque, preciso es, en efecto, recurrir al eminente explorador del sub y del inconsciente si se quiere ver con claridad en medio del desorden prodigioso que trastornó todos los datos de la inteligencia en los años a que nos referimos. Con el famoso descubrimiento hecho por Freud de que el amor de los hijos a sus padres era fatal, súbitamente se desplomó la vieja moral que nos enseñaba a distinguir entre el bien y el mal. De la responsabilidad, que ya Lombroso había dejado tan maltrecha, casi nada vino a quedar después de Freud. ¿A título de qué podía la Sociedad llamar a cuentas a estos desgraciados a quienes una fatalidad, en último análisis, fisiológica, arrastraba por las sendas más abominables del crimen? Llegaron a creerlo así multitud de desgraciados que, para

hablar en el lenguaje freudiano, habían sofocado en sí mismos la inclinación al mal, a la mentira, por ejemplo, al robo, al asesinato. Se desgobernaron, sintiéndose infinitamente más aliviados de lo que puede imaginarse. Figuraos a un honrado joven que, viajando en un ferrocarril, se siente de pronto asaltado por el terrible deseo de asesinar a su compañera de compartimento, tan sólo con el inocente propósito de robarle la maleta: si ha leído a Freud, encontrará en sí mismo fuerzas suficientes para proceder, y magníficos argumentos que lo convencen de que su bisabuelo hubo de reprimirse ininidad de veces para no matar a su irritante suegra; que su tío-abuelo paterno había tenido que ejercitarse durante largos años, sin éxito notorio, en sofocar las vehementes ganas que le acometían de estrangular a un vecino estudiante de violín; que su propia madre había sido víctima de frecuentes pesadillas en que resultaba retorciéndole el pescuezo a gallinas que luégo rehusaba comer. Agobiado por tan pesados lastres ancestrales, a buen seguro que necesitaba descargarse de golpe... con una puñalada y héte aquí que mataba. Mataba, el pobrecito muchacho! por mano de su bisabuelo, de su tío-abuelo paterno, y por mano de su propia madre.

Nunca como entonces se propuso la ciencia entrometida fijarle de una vez sus límites a la moral, para lo cual ningún trabajo le costó reducirla a las justas proporciones del buen placer. Epoca de gozo, señoras y señores, de completo desenfreno. Ibase la humanidad embarcada en loco bajel al descubrimiento de un mundo nuevo, renegando de las lecciones de la historia.

Italia se abandonaba a la embriaguez de la ocupación de las fábricas, del tumulto en las calles, de la general indisciplina. Los trenes corrían a la ventura por las carrileras al antojo del maquinista; registróse, entre Florencia y Pistoia, el caso de un *chauffeur* que hacía detener a todos los pasajeros para poder satisfacer su capricho de recoger un manajo de dientes de león en una pradera cercana; no era raro ya el que los operadores de una locomotora detuvieran el tren a la entrada de un villorrio cualquiera en donde pudieran beber vino fresco. Era el desorden desencadenado, el triunfo de aquella forma de la anarquía que los sociólogos denominan *individualismo*, que autoriza al individuo a subordinar a su propio bien, el bien de los demás. El viajero que recorriera a Italia por entonces, tenía la impresión de ver cumplirse al pie de la letra el libro de Spencer "El individuo contra el Estado". Al Estado del Sr. Mussolini le ha tocado ahora el desquite.

Por este mismo tiempo, Alemania, el pueblo menos demócrata de Europa, se ejercitaba en la libertad, se entrenaba en el republi-

ANTIGÜEDADES



(SECCION DE "EL MENSAJERO")

Teléfono No. 153 - Apartado No. 266

Tercera Calle Real, Nos. 13-55 a 13-63

B O G O T A

OBJETOS DE ARTE
MUEBLES ANTIGUOS
ORFEBRERÍA INDIGENA
LIBROS AGOTADOS
OBJETOS DE PLATA
MINIATURAS - OLEOS
COBRES - PORCELANAS

VISITE USTED ESTA SECCION

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

canismo con la ayuda de Freud y sus discípulos. Cuántas **autores-tricciones** se dieron licencia! Adiós respetabilidad! Adiós cuellos almidonados, adiós vientres ajustados en los estrechos límites de un vestido bien cortado! A un lado se echó la camisa tiesa de reluciente pechera; se abandonaron los zapatos que lastimaban los pies; se aflojaron los complejos del pudor, pudiéndose ir la gente en camaradería franca y despreocupada a bailar al aire libre y sobre el mismo césped de la naturaleza. Entonces sí fue cierto que Alemania se desarmaba en cuerpo y en espíritu. Aunque, experimentados como estábamos desde 1914, —ya nada nos podía asombrar—, no por eso dejamos de engrairnos al ver que nuestro franco, nuestro antiguo franco de veinte centavos, equivalía a diez mil millones de marcos alemanes. Oh! qué época más rica aquella, señoras y señores, y eso que aún no estábamos en el franco de los dos centavos y medio. Y nosotros que gozábamos contemplando cómo esa Alemania desquiciada se perdía en medio del desorden; pensábamos que la república la debilitaría, la enflaquecería, quitándole con sus costumbres republicanas su tono nacional. Nadie mejor que nosotros, aleccionados diariamente por ellos, podía descubrir uno a uno los síntomas de la oculta carcoma de la democracia: embotamiento del sentido de la autoridad, embrionaria aversión por toda jerarquía, escepticismo universal. Qué locura la nuestra! No nos enseñaba acaso la historia que los excesos de la democracia claman siempre por la intervención de la autoridad violenta, impetuosa, y que el libertinaje de Mario le prepara el camino a César? Nuestra Francia republicana se arrojaba entonces en brazos de Stressemann, en quien ella creía encontrar un segundo Aristides Briand, equivocándose en ello la ingenua y pobrecita evaporada. La vieja Alemania curaba muy pronto de la democracia, que para ella sólo tenía el carácter de una fiebre aguda al paso que para otros es dolencia crónica cuya extirpación constituye verdadera empresa. Considerad, si no, cómo a Francia, tocada hace ya cerca de sesenta años de tal dolencia, la han examinado más de cien médicos especialistas, todos con el mismo fracaso, no obstante haberse contado entre ellos eminentes facultativos del Estado, llamados Jules Ferry, Waldeck-Rousseau, Poincaré... Y presenciamos ahora la consulta de otro médico que quiere convenir en que no es de los nuestros: su método es empírico, semejante al de los fakires de la quinta página de los periódicos, que carece de bases científicas, y que, con todo, promete la curación y la felicidad; tal parece que no vaya a tener mejor éxito que sus predecesores.

Pero aún no he terminado con el desorden de Europa, y, sí



WESTINGHOUSE

ES LA MARCA DEL
RADIO PERFECTO

USTED PUEDE ADQUIRIR
UNO DE NUESTROS MO-
DELOS 1937 POR MEDIO
DE NUESTROS

“Clubs Westinghouse”

ESTA PARA CERRARSE LA INS-
CRIPCION EN EL CLUB N.º 4.

ALMACEN WESTINGHOUSE

Alberto Salazar Mejía y Co. S. A.

PRINCIPAL

carrera 7a. No. 14-27

Teléfono 14-90

SUCURSAL

carrera 10 No. 12-99
Esquina Edificio Salgado

Teléfono 71-71

intencionalmente descuido hablaros de la experiencia rusa sobre la cual últimamente os han informado con extensión los señores Gide, Celine y Dorgelés, no puedo menos de inquirir sobre la suerte que corrieron los pueblos a quienes no alcanzó la violencia de la guerra. Pues el desorden de los espíritus llegó allí al colmo, a pesar de la paz de que disfrutaron de 1914 a 1918, y a pesar o quizá por razón de la prosperidad que la desgracia de los otros les acarreó.

Me acuerdo cómo Noruega, la rústica Noruega de las Danzas Campestres de Grieg, esa tierna Noruega de la rubia Solweig, se entregó al frenesí de los placeres inmediatos. Aquel que antes era humilde comisario con sesenta coronas de sueldo mensual, enriquecido ahora con el comercio marítimo, superándose a sí mismo, hacía vida de multimillonario americano en su palacio de madera en los alrededores de Oslo. Nacido para asistir puntualmente a su oficina seis días de la semana, para ser audaz patinador o excelente remero, esé mismo el sábado, ofrecía fiestas de boato oriental, en las cuales el arreglo de los salones se hacía con rosales, camelias y lilas importadas directamente de Niza que daban la ilusión de una primavera en tan frías latitudes. Comíase allí caviar ricamente aderezado, las trufas reemplazaban a las patatas y la champaña se servía como si fuera soda que los convidados podían mezclar con el whiky. Por entonces Noruega estaba bajo el régimen de la ley seca. Habrá necesidad de decir que estos recién enriquecidos caballeros jugaban ahora a los aficionados al arte, y que bien pronto sus mansiones resplandecían cubiertas de verdaderos tesoros artísticos traídos de la calle Boecia? Cabalmente fue en casa de uno de tales señores donde figuraba la colección cubista que mencionaba hace un instante. ¿Qué les pasó a estos fastuosos empleados? Volvieron a ser empleados de humilde asignación mensual. El desorden monstruoso que los había llevado a tanta altura ante el justo retorno de las cosas los bajó de nuevo a su ordinario nivel. Cuando visité la patria de Ibsen, tal me pareció que allí todo el mundo tenía trastornado el juicio: las mujeres, sedientas de renovaciones sentimentales, se divorciaban para seguir en pos de un corazón peregrino cuyas palpitations fueran nuevas a su oído; las jóvenes se lanzaban al noviazgo como a una aventura que les permitía recorrer de brazo a un compañero los cabarets de Berlín o los cafés de Montparnasse. Hasta algunos pastores, envueltos en ese torbellino de alocada felicidad, sembraban desde lo alto de su cátedra la duda sobre la divinidad de Jesús, ocasión que aprovecharon los Padres Dominicanos para llevar en medio del des-

BIOMALTA

Higiénica, deliciosa, alimenticia y reconstituyente.

Es la cerveza preferida para restaurar y conservar la salud.

CERVECERIA GERMANIA - BOGOTA

orden de las almas las enseñanzas evangélicas, conquistando el prestigio del Catolicismo a la gran escritora de premio Nobel, Sigrid Undset, al profesor Lars Eskeland, rector de la más importante Universidad popular de Noruega, y a cien intelectuales más cuyo pensamiento se hallaba descarriado.

Para formarse una idea de la intrincada red de ideologías, fraseologías o, para hablar como Voltaire, de metafísico-teologonología, en que se debatía entonces los Humanidad en busca de sí misma era preciso frecuentar los cafés de Montparnasse; allí se reunía todo lo que contribuyera a desamparar el alma de la juventud y a arrojarla a los cuatro vientos de la desesperación. Especies de larvas sin patria, *heimatlos* venidos de los confines de la Europa oriental, ocupaban la terraza, discurrían sobre estética, sobre moral y sobre política. Allí se enseñaba el abandono de las tradiciones y de las disciplinas del entendimiento y del corazón. Se afirmaba lo que es dudoso por esencia y se sostenía lo que carece de base; con materiales maleables se construían sistemas deformes y variantes hasta el infinito. Si alguien hubiera aducido el testimonio de Descartes, a ese se le habrían reído en plenas barbas, y si alguien hubiera hablado de claridad, de equilibrio, se le habría preguntado de qué país venía. Para estar al día era necesario pertenecer al país de los *heimatlos*.

Cómo no iba a estar envenenada la juventud si así vivía envenenada en un foco microbiano? El resultado fue el envenenamiento.

Se brindaron todas las delicuescencias del espíritu. Algunos sucumbieron. Conocida es la influencia que sobre ellos ejercieron M. André Gide y sus "Alimentos Terrestres", descubiertos después de tantos años de semi-obscuridad.

Entre le désir et l'ennui
Notre inquiétude balance

.....
Attentes. Attentes; fiebres; heures de jeunesse en allées.
Una ardente soif pour tout ce que vous appelez: péché.

Un gusto impreciso por el placer, una especie de epicureísmo indefinible preocupaba a estos jóvenes que no habían recibido en absoluto los consejos de sus padres embargados o muertos en la guerra. Al mismo tiempo la inquietud metafísica atormentaba su espíritu. Por las tardes se encontraban en los bares literarios del barrio de Montparnasse seres que se embrutecían de daísmo y de cocktails, y que a la mañana siguiente, atormentados por el más-allá, vagaban al rededor de una iglesia sin atreverse a entrar en ella.

Sin embargo las jóvenes habían realizado ya silenciosamente su revolución y obtenido libertades que sus madres nunca habrían consentido en otorgarles. Se había ido más allá de las autorizaciones maternas, eso era todo. De la noche a la mañana, en medio de los horrores de la guerra, las doncellas, aun las más cuidadas y supervigiladas de Europa, se encontraron libres, completamente libres en las decisiones de su corazón y también en las de sus actividades intelectuales. Colocadas frente a la realidad en circunstancias extraordinarias, revelaron a la sociedad lo que una joven francesa vale cuando la vida le exige algo distinto de ser la niña juiciosamente sentada en la sala de espera del matrimonio; y en medio del desorden de los espíritus fueron ellas quienes mantuvieron el equilibrio. Se las encontró en los bancos de las facultades, en los laboratorios de música, de biología, de física, donde hicieron maravillas y se han hecho irremplazables. Por sí mismas escogieron su marido, sin que la familia se entrometiera en ese negocio que solamente a ellas concernía. Instruidas en los cursos de puericultura de que los hijos no eran ya traídos por las cigüeñas como se les había hecho creer a sus respetables bisabuelas, expertas en los asuntos de cocina, hábiles en el gobierno de la casa, en el manejo del aspirador de polvo y de la plancha eléctrica, supieron despavilarse en la existencia y sus maridos quedaron encantados de tener por compañeras mujeres

COLEGIO MAYOR de Nuestra Señora del Rosario

Fue fundado en el año de 1653, por el Ilmo, señor maestro fray Cristóbal de Torres, de la orden de predicadores, arzobispo de Santa Fe de Bogotá.

Se rige por las *Constituciones* de su fundador con las adiciones que se introdujeron, conforme a lo que él había dispuesto, previa autorización del Congreso Nacional y aprobación del Poder Ejecutivo.

El Colegio no es oficial, ni forma parte de la Universidad. El Presidente de la República ejerce el derecho de patronato, dentro de los límites señalados por las constituciones.

Tiene el Colegio cuatro categorías de alumnos: los *colegiales*, que obtienen su puesto por concurso, forman el núcleo de la comunidad y gozan de las preeminencias que les conceden los estatutos; los *convictores*, internos que pagan su pensión alimenticia; los *oficiales*, con beca gratuita, a cambio de servicios que prestan a la comunidad, y, finalmente, los *externos*, que sólo concurren a las clases.

En el Colegio existen tres facultades: la de filosofía y letras que concede grados de bachiller y de doctor; la de jurisprudencia y la de ciencias físicas y naturales.

Los diplomas del Rosario son válidos para todos los efectos universitarios, por convenios solemnes celebrados entre el Gobierno Nacional y la Consiliatura.

Por su esencia, el Colegio es católico, apostólico y romano, vivificado por la filosofía de Santo Tomás de Aquino, y es ajeno a la política militante.

que no agravaban las dificultades de una vida sujeta a las variaciones del franco y al alza constante en los precios de las cosas. Por este lado hubo todo, menos desorden.

Ay! Pero de la política, de que trataré en seguida, no podría decirse otro tanto.

Convenid conmigo, señoras y señores, que la política de Francia se encuentra en el mayor de los desórdenes. Pues cómo es que nuestro país glorioso, forjado por cerca de veinte siglos de epopeyas militares, de luchas por la independencia, que se encontraba ya en tranquila posesión de una brillante y refinada civilización, mientras muchos de nuestros vecinos aún vivían en los excesos de la violencia y de la vulgaridad, ¿cómo es que este país, cuyas luces deslumbraban al mundo, pone ahora en duda sus destinos, veinte años después de las victorias del Marne, de Verdún, de Champagne? ¿Qué le sucede? ¿cuál es su enfermedad? Puede un país dudar de su propia grandeza cuando los hombres que han labrado su historia se llaman Carlomagno, Felipe Augusto, San Luis, Luis XI, Enrique IV, Luis XIV? Sí, ciertamente hay derecho a dudarle cuando los sucesores de esos hombres no tienen en su sangre el ardor de esa historia, cuando su corazón no se conmueve con la evocación de Bouvines, de Rocroy, de Denain. Es que hoy la cuestión política prima sobre la cuestión pública, es que los intereses particulares (y qué clase de intereses particulares) priman sobre el interés general. Decidme: ¿Acaso Du Guesclin hacía política? ¿Acaso Juana de Arco y Bayardo hacían política? ¿Acaso Sully, Colbert, Louvois hacían política? ¿Acaso Foch hacía política? Lo único que yo sé que ellos hacían era labrar la grandeza de Francia. Y yo os pregunto ahora: ¿a quién vemos hoy empuñando la gloriosa herencia de esos franceses?

Ya oigo vuestra respuesta. Permitidme que la traduzca en voz alta. Los que hoy tienen en sus manos la herencia de Sully y de Colbert ignoran lo que tienen. Su excusa es la ignorancia. Si supieran cuán ricos son en belleza, en grandeza y en gloria, ¿no emplearían todo ese patrimonio en devolverle a Francia su salud, su riqueza y su independencia? Si conocen mal nuestra historia, entonces que tomen algunas clases: no faltarían historiadores de buena voluntad que se consagrarían con alegría a instruirlos acerca de los fastos de nuestro país y sobre las lecciones que un hombre de Estado puede derivar de ellas. Pero en el actual desorden ¿dónde se encuentran los hombres de Estado?

En los comienzos de esta charla os hablaba del valor que adquiere en el vocabulario político de nuestra época la palabra



SU JOYERIA DE CONFIANZA Y LA MEJOR DE BOGOTÁ

Internacional. Preciso es convenir que es él lo que domina el pensamiento de Estado, la acción de los sucesores de Sully y de Colbert. Mejor sería que los dirigentes de Francia pensarán más como borgoñones, picardos, perigordinos o berneses que como **internacionales**; que obrasen más como auverneses, normandíes o bretones que como **internacionales**.

¿Y cuáles son los directores de su consciencia? ¿Será D'Aguesseau o Montesquieu? Es el prusiano (el ser prusiano sería lo de menos) Karl Marx, es el prusiano Engels. Preferible sería que los destinos de Francia se decidieran bajo patronato distinto. No experimentáis vosotros cierta inquietud al ver que nuestros Richelieu, y Choiseul de 1937 marchan con regocijo detrás de un rojo estandarte extranjero en cuyo fondo se entrelazan la hoz del cultivador ucraniano y el martillo del carpintero kalmuko, al paso que el pabellón tricolor parece robarles todo valor y toda inspiración?

El pueblo francés no sabe a cuál de estos dos emblemas habrá de consagrar su corazón: si al primero, que nada le recuerda, o al segundo que le representa a Valmy, a Austerlitz, a Ma-

yenta y al tradicional 14 de julio. No se consagra el corazón a una hoz ni a un martillo, cuanto menos si éste es kalmuko: y con todo, se vacila consagrarlo al tricolor a cuya vista parece que el Sr. Presidente del Consejo se indispone. El pueblo francés se encuentra perturbado, desorbitado, inquieto, casi me atrevo a decir desequilibrado. Se le ve caer en las peores trampas, esforzándose por despertar en sí el entusiasmo por un proceso entablado a 2.500 kilómetros de la Isla de Francia, por un potentado moscovita contra una docena de cómplices de un adversario suyo; se leen con regocijado estupor las resoluciones dirigidas por unos trabajadores franceses con ocasión de este proceso ruso, particularmente aquella de los obreros de Rueil y de Malmaison:

“La célula de Rueil-Malmaison, reunida el 23 de enero, ha reprobado los crímenes cometidos por los traidores a la patria socialista y expresado el deseo de ver aplicar inexorablemente la justicia del pueblo trabajador. Al propio tiempo la célula de Rueil-Malmaison envía su fraternal saludo a los pueblos soviéticos y expresa toda su admiración al conductor genial, al camarada Staline, cuya política justa y luminosa ha conducido a la U. R. S. S. a la vanguardia de los países democráticos del mundo”.

He ahí un documento que expresa luminosamente el desorden de los espíritus, el embotamiento del sentido crítico aun en el pueblo por tanto tiempo reputado como el más sensato del mundo. Queridos ociosos del domingo bajo las sombras de Mal-Maison, pacíficos pescadores de caña de las orillas del Sena en Rueil, ¿cómo tenéis vosotros por camarada de las riberas del Moscowa a un compañero bueno, justo y luminoso, a un compinche de nombre Staline con quien sería bueno ir a coger fresas en los bosques de Saint Cucufa o a pescar el “goujon” entre Bougival y Chatou! Oh! Pero sois sentimentales; no hay, pues, que desesperar de vosotros.

No hay que desesperar de vosotros, porque esa sensibilidad que hoy se ve orientada hacia el sátrapa del Kremlin, vosotros la restituiréis a la tierra de vuestros mayores tan pronto como otros conductores os exijan volverla a vuestra Patria. Solamente que esta tierra de vuestros padres, como ya casi no se os habla de ella en las escuelas, por hablaros de la patria de los trabajadores que se extiende desde las minas de hierro de Siberia hasta los yacimientos petrolíferos de Méjico, pasando por las manufacturas del Japón, esa tierra de vuestros padres, vosotros ya no la conocéis. Y sin embargo de ella es de donde os llegará la luz.

Os ruego, señoras y señores, que consideréis atentamente en

qué clase de terreno quieren estos sembradores de ideologías internacionales que germine su grano. Es precisamente en el terreno de Francia, en esta tierra privilegiada, en esta vieja tierra que desde hace miles de años pacientes labradores han volteado y removido, en la tierra mejor cultivada de Europa, y que se siente cuidada, casi podría decirse acariciada, metro a metro por la mano del hombre. Aquí, justamente en esta tierra, productora de melones deliciosos, peras hinchidas, ciruelas doradas y uvas sin rival, en esta tierra del buen Dios (“feliz como Dios en Francia”, dicen los alemanes), en la tierra de Normandía y de Aquitania, del Anjou y de Turena y del Deifinado, es donde ellos pretenden que prenda la planta del odio y que prospere la estúpida y estéril lucha de clases. Pero, vamos! el puño cerrado no es el gesto de los angevinos, ni de los perigordinos ni de los vandeanos. Decidme si el canto fúnebre que invade a los miembros de nuestro actual gobierno en las manifestaciones oratorias de su actividad tiene algo que ver con el canto de las alondras de nuestros jardines o con la canción del viento en las copas de los álamos en nuestros valles venturosos.

El desorden, para poderse arraigar en nuestra patria, tendría que contar primero con la armoniosa disposición de los paisajes franceses. Cada uno de nosotros lleva en sí el ritmo de los collados del Loira, el balanceo de las colinas de Perche y esa luz maravillosa, tan espiritual, tan fina y suave que reflejan las aguas de los tres mares que nos bañan al ser heridas por los rayos del sol. El desorden no podría plantar de modo duradero sus reales en la tierra que por excelencia ha sido del buen gusto. En modo alguno dudamos nosotros que este pueblo que ha dado los más hábiles, más aplicados y más concienzudos artífices manuales, no persista en su amor a la calidad. En vano las pasiones políticas se estrellarán contra esta especie de armonía pre-establecida que guía al artesano francés, ya sea porcelanero de Limoges o encuadernador de París, escultor en piedra o grabador en cobre.

Sólo apreciando el exquisito arte de nuestros orfebres y de nuestros modistos, o el gusto encantador con que nuestras floristas saben disponer las flores en una canasta; sólo viendo aquellos simples juguetes de adorno femenino en que se prodigan tesoros de invención artística, se alcanza a estimar el inmenso imperio del buen gusto que Francia ha conquistado. Pero no creáis que porque hablo de adornos y de orfebrería, de ramilletes y fruslerías, me limito a celebrar únicamente los objetos de la frivolidad; admiro también en Francia la arquitectura y la decoración, la estación de los ferrocarriles nacionales del Havre y los

camarotes del "Normandía" y las compresas del Truyere y del Eguzon. Tal es el orden francés: ni adusto ni recargado, siempre humano.

El desorden y la anarquía, señoras y señores, no tienen bajo el cielo de Francia cabida alguna. Y al hablar así no hago una afirmación gratuita; solamente me remito a la lección que mi país me da. Alejándome de los salones de recepción y de las graderías del *Val'd'Hiv'*, voy a sentarme a la falda de un collado, sin más compañía que las abejas, a contemplar el horizonte que se despliega ante mis ojos. El azul de esas lejanías, al afectar y acariciar mis sentidos, me hace olvidar las nebulosas ideologías moscovitas; es el hechizo del azul francés, del azul horizonte, que no tiene semejante en el mundo. Yo os aseguro que, a dondequiera que os lleven vuestros pasos en viajes de ventura, en parte alguna lo encontraréis tan fino en su materia brumosa, ni tan sutil en los murmullos de su lenguaje policromo. Ni Suecia con sus amplios lagos grises, ni Alemania con sus negros bosques, ni Italia con sus mares, ni Grecia ligera y transparente, bañan sus horizontes con un azul como ese azul. Quizá ello se deba al feliz encuentro de los vientos del océano con las corrientes secas venidas del oriente; quizá sea la emanación de un suelo armonioso en que no dominan ni el oscuro bosque, ni el agua reposada, ni la estéril arena. La causa, no tenemos para qué indagarla. Aceptemos el hecho cumplido que se presenta a nuestra vista, como una clave de gran parte del genio francés.

Bien quisiera yo llevar un día a la campiña francesa a un grupo de jóvenes metalistas de Billancourt, de esos jóvenes obreros con espíritu amplio y corazón generoso, para decirles:

Mucho se os habla de paraísos situados en las estepas de Siberia, en las montañas del Ural y en las orillas de ríos que arrastran hielos durante seis meses en el año. Pues, permitidme vosotros que os presente un paraíso que adrede se os ha ocultado: ese paraíso es la Francia, es vuestro propio país.

Mirad vuestro país: ahí le tenéis delante de vosotros. ¿Lo comprendéis? ¿Sabéis que donde hay que buscarlo es aquí, y no en los hemicírculos de las asambleas políticas? ¿Percibís su verdadera voz, tan distinta de la artificiosamente difundida por los alto-parlantes desde Japy y desde la sala de Wagram? Esa fue la voz que oyeron los roturadores de la Galia, la que oyeron los constructores de Marmoutier, de Cluny, de la Trappe; la que oyó el autor de la *Canción de Rolando*, la que más tarde oyeron también Jean de Meung, Villon, Ronsard y La Fontaine; la que

oímos nosotros también y, la que trascurriendo miles de años, oirán a su vez quienes vengan después de nosotros.

Y decídmelo, camaradas, ¿qué se han hecho las efímeras voces de los Danton, de los Gambetta, de los Jaures? voces todas prometedoras de venturas que no sufren comparación con ésta del gozo del único bien que poseéis, y que es el bien de todos los franceses: la belleza de Francia.

Bien sé que toda una semana habéis estado torneando pernos, auhecando balastos, del mismo modo que a mí me ha tocado encorvarme ante el teclado de la máquina de escribir; es la lucha por la vida, cosa irremediable. Pero hoy, qué descanso y qué alivio!

Contemplad esos accidentes del terreno que llevan la mirada hacia el horizonte, conduciendo el pensamiento hasta las crestas de los Alpes y de los Pirineos, hasta las arenas del Océano y hasta las llanuras de Flandes y de Alsacia. Ya otros distintos de vosotros han interrogado estos inmóviles espacios que ellos franqueaban en espíritu. Buscaban los caminos de su destino sin tener que recurrir por eso a los habitantes de Moscú, encontrando de repente el secreto del enigma en el perfil de un paisaje que a ellos les parecía tan bello, tan grande y tan noble, que juraban morir antes que permitir que tanta belleza, nobleza y grandeza dejaran de ser francesas. Seguramente Juana de Arco comprendió con mayor perfección y más claridad su misión, cuando pasó por estos valles, y Bayardo, al rendir su espíritu a las orillas de un río italiano, sospechó a través del velo de la muerte estos horizontes por los cuales había arriesgado la vida diariamente durante treinta años.

Después de todo, esta voz de Francia que oís aquí mismo, vale tanto como la de Dimitrov, Chouchoukov, Troubatchev que se os brindan como los consejeros infalibles de vuestra felicidad que ni siquiera hablan vuestra lengua...

Ah! señoras y señores. En el paisaje francés se encuentra en síntesis el orden francés! Me acuerdo mucho de aquel paseo que daba yo un día acompañado por el mariscal Lyautey en la colina Sion Vaudemont, desde cuya cumbre inspirada divisábamos las bellas y nobles ondulaciones de Lorena. El mariscal, golpeándome el hombro, según costumbre suya, me decía con voz enronquecida: *¿Todo en orden, eh? ¿Todo en orden?* Era evidente que este hombre de armonioso genio llevaba en sí el orden lorenés.

El orden francés, el orden francés... Sí, cada uno de nosotros lo lleva consigo, pero conviene no dejarlo embotar, poniéndolo en contacto con el suelo de Francia, que es el único medio de ha-

cerlo revivir. Hace poco M. Jean Fonteoy, joven y talentoso escritor, algún tiempo seducido por las fórmulas de Moscú, pero vuelto en sí de la utopía, decía a M. Andrés Rousseaux:

Después de haber perdido nuestras ilusiones, volvimos a nuestra aldea de Francia y volvimos en nosotros mismos. Después de haber causado tontamente tantos males, y de haber dado vilmente coces contra el aguijón arrastrando inocentes adictos, tratamos de volver al equilibrio, a la virtud, a la razón de ser, a la dicha, a la tranquilidad de conciencia.

¿Y cómo?—pregunta M. André Rousseaux.

Por el retorno a la tierra, a las virtudes, a los buenos modales. Hemos soñado mucho con la obtención de la felicidad universal. Contribuir a la felicidad del prójimo es más difícil, más conmovedor, más útil también. Este prudente consejo que en mi niñez oí —sin escucharlo— es ahora el grito de toda una generación a quien se le enseñó a desvelarse por los *moujiks* y por los tártaros, pero no por sus padres, por sus hijos, por su mujer, o por su vecino; y sin embargo ese es el único trabajo que debe preocuparnos.

De todas las palabras de este convertido de Moscú, sólo subrayo aquella que aconseja el retorno a la tierra como el medio más eficaz de curación para cierta juventud envenenada por la ideología marxista.

Y yo les agregaría a mis metalistas de Bellincourt:

Sentís esas fuerzas espirituales que se desprenden de una era de álamos, de un juego de luz en la corriente de un riachuelo, o que se elevan de un huerto en que ha madurado la fresa o florecido el reseda? Tal parece que una ardorosa presencia os envuelve por doquiera. El calor que descende del cielo y que asciende de la tierra os quema la frente y os congestiona la cabeza. Pero no es propiamente tal calor el que os produce esa quemadura que vosotros no conocéis.

Pues bien, esperad un momento y escuchad en medio de las voces de la tierra, de las aguas y de los vientos, escuchad esa otra voz que desde hace tanto tiempo os habla sin que vosotros la atendáis. Carece de esplendor, no tiene largos períodos de elocuencia; no va a buscar en los discursos de los cantores del trabajo guirnaldas de estilo en que alternan la libertad y la justicia, la paz y el pan; es un tanto suave y grave, un tanto quejumbrosa, como si implorara a aquellos a quienes se dirige, como si les dijera: “Dejad vuestras disputas y... escuchadme...”

Y si alcanzáis a comprender estos motivos a la vez vivos y transparentes, semejantes a las columnas de viento que danzan

en verano sobre los campos, os parecerá que quienes hablan son las piedras mismas de este viejo suelo, y con ellas las raíces de las encinas y de los olmos, los terrones de los surcos, el humus de los bosques, y este polvo en que se confunden los huesos de los conejos, de los topos y de los zorros con los restos de los hombres que aquí vivieron felices, o desgraciados, intrépidos o timoratos, que se ganaron su vida honrosamente en la guerra, como soldados, o en la paz, como monjes o como artesanos, este polvo que encierra quizá en sus partículas el recuerdo de una mujer a quien Ronsard dedicó sus mejores versos, este polvo hollado por Alcuin, Foulques Nerra, Eleonore D'Aquitaine, Rabelais, Descartes, y tantos sabios, guerreros, damas galantes, epicúreos y lógicos, este polvo que cincuenta generaciones han fecundado con el sudor de su frente para que otros hombres puedan prosperar disfrutándolo, este polvo en fin, que ni siquiera se ve en los zapatos de aquellos que os quieren precipitar por los despeñaderos de la guerra social.

¿Ahora sí oís la voz de vuestra tierra francesa? Sus razones no se encuentran expuestas en manifiestos, o en interpelaciones; son muy sencillas: “Amad por igual la justicia, la belleza, la bondad.... Respetad las opiniones distintas a las vuestras, si se encuentran al servicio del bien.... Cultivad vuestro jardín después de haberlo encerrado con sólido cercado.... Trabajad, que en la calidad de vuestra obra encontraréis la recompensa de vuestros sacrificios.... Disfrutad de vuestro bien: vuestras riquezas son el tesoro inagotable de vuestro país.

Señoras y señores, no creo yo que las contingencias de mi carrera me lleven algún día a la dirección de un grupo de trabajadores para que les dé lecciones de patriotismo. Sin embargo, la ficción que acabo de forjar, me ha dado la oportunidad de hacer ante vosotros un acto de fe. Yo y todos nosotros tenemos fe en el destino de nuestro país. Nó, Francia no dará al mundo el espectáculo del desorden; nó, Francia no se dejará arrastrar por el atajo de la duda. La Francia de los franceses es distinta de aquella otra Francia cuya caricatura exhibe al mundo asombrado un puñado de *internacionales*.

De “La Revue hebdomadaire” de 6 de marzo de 1937,

Tradujo:

TOMAS LOMBO,

Colegial, bibliotecario y estudiante de
Jurisprudencia en este Colegio Mayor.